

Un problema artificial:
**El indigenismo como
instrumento político**

EUDOCIO RAVINES*

La irrupción creciente del mestizo en la vida social y la perspectiva uniforme y segura de su incremento ulterior no podía constituir solamente un problema biológico y una expresión de carácter racial. Ha tenido que ser, y es, en efecto, actualmente, un sentido, una tónica, un acento espiritual. El mestizaje ha buscado su expresión en un ideario, en un sistema de ideas que sea lo más cercano o, por lo menos, lo más parecido a una ideología.

A través de los años y los lustros se ha venido creando en América Latina el indigenismo como actitud y hasta como posición, y su influencia, que se inició en la literatura, ha sido elevada a la categoría de política.

* EUDOCIO RAVINES. Fue un destacado ideólogo marxista y un activista comunista de influencia continental. Como miembro de la Tercera Internacional fue amigo de Dimitroff, el inventor de los Frentes Populares, y encargado por Stalin para organizar el Frente Popular de Chile. Primero participó en la Guerra Civil de España y vino a nuestro país con el propósito indicado. Dotado de un poderoso talento y una profunda cultura, cumplió su misión actuando con el falso nombre de Manuel Montero. Las razzias stalinistas en la ex Unión Soviética y la tragicomedia de los Procesos de Moscú provocaron en Ravines un sentimiento de decepción que lo indujo a retirarse del comunismo y a denunciar sus métodos en *La gran estafa*, un libro de gran impacto mundial. Así como en Chile había fundado el diario *El Siglo*, se instaló en Lima a dirigir *La Prensa* y a prevenir a sus compatriotas peruanos en contra del extremismo. De su obra *La gran promesa* extractamos sus observaciones sobre el indigenismo que está siendo exaltado en las universidades y en los salones académicos como una moda de diletantes. Ravines fue perseguido y salió del Perú para radicarse en México, donde pereció en un dudoso accidente automovilístico.

A esta hora, toda la política izquierdista latinoamericana está infiltrada por los más diversos grados y los más variados matices de indigenismo.

En sus orígenes, en sus manantiales sustantivos, el indigenismo fue literatura rica en fantasía, fecunda en fuentes encantadas de motivos mitológicos y folklóricos, en temática literaria y en argumentos de ficción. Con el ascenso y la preponderancia del mestizaje, el indigenismo ha pasado a convertirse en doctrinarismo político, en sentido de la vida y hasta en una especie de filosofía de la acción.

Ha nacido una corriente de pensamiento, cultivada por la más variada caterva de políticos, ideólogos, propagandistas, que busca y encuentra fácilmente en el indigenismo la cómoda explicación de programas, posiciones y actividades políticas. Indigenismo que luego sirve -sobre todo para los grandes contingentes de mestizos- como sucedáneo de filosofía política o de doctrina razonante de difícil aprendizaje. El agudo contenido sentimental, de otro lado, facilita la penetración más pronta y sutil por los canales colectivos de la irracionalidad emotiva y del sentido primario de la solidaridad racial.

El ascenso torrentoso del mestizaje en la vida sociológica general, la incorporación creciente de las masas indígenas, gracias a la instrucción y a los medios modernos de intercomunicación, a la categoría de opinión pública y de contingente electoral, han transformado al indigenismo de motivo folklórico y romántico, de tema literario e histórico, en combustible del nacionalismo y en instrumento de la política militante.

Al hacerse político, el indigenismo ha comenzado por instalarse sobre una plataforma psicológica seductora, generosa, cristiana. A semejanza del comunismo, ha reivindicado la necesidad de abolir el sufrimiento de las gentes castigadas por la miseria; ya para mayor éxito, ha ubicado sus canteras en los campos latinoamericanos, donde la mayoría abrumadora del campesinado es indígena y donde la casi totalidad humana está sumergida en el primitivismo.

Practicada esta operación humanitaria y, a la vez, socialmente anestésica, el indigenismo ha impuesto una segregación al revés, que hace del aborigen una especie de personaje de excepción. Por ser el dueño de la heredad, que ha sido desheredado; por no ser ni blanco ni barbudo, como fueron los conquistadores, resulta el motivo patético de la justicia social. Es la justificación sociológica del justicialismo. Es el *dramatis personae*, provisto de todos los elementos necesarios para conmover el corazón de los turistas norteamericanos y de los otros.

El indigenismo, oficiando de potencia mental en la política, resulta menesteroso de justificación doctrinaria y hasta de fundamento filosófico. Y aquí es donde surge, romántica y espléndida, la evocación idolizada del pasado precolombino, la exaltación hiperbólica de todo lo indígena. Como los indios americanos no poseyeron textos ni papiros, ni dejaron documentos grafológicos, toda la tradición se nutre de leyenda, de historias deformadas por el recorrido secular de boca en boca, de narraciones novelescas amorosamente embellecidas, como las del inca Garcilaso de la Vega. Sobre la rica y deleznable arcilla de tal tradición y de tales historias, el indigenismo forja programas de partido, ideologías políticas y filosofías de la acción.

Se comprende el éxito oratorio, propagandístico y electoral, entre las masas indígenas y mestizas, de este mensaje que explota desde los monumentos ciclópeos -testimonio irrefragable de una clamorosa y faraónica injusticia social- hasta los vestidos típicos y los cantos folklóricos, sobre los cuales el español ha dejado el sello indeleble de las indumentarias y de los acentos inconfundibles de Sevilla y de Asturias, de Castilla o de Extremadura.

Al tornarse instrumental político, el indigenismo ha dedicado el más tenaz de sus esfuerzos a una supervaloración histórica, cultural y política de la realidad precolombina. Se ha idealizado lo legendario hasta caer en la idolización. Se han fabricado situaciones sociológicas idílicas, que se vuelven tributarias de la concepción de Rousseau sobre el daño irreparable que la civilización -cristianismo, escritura, hierro, pólvora, caballo, buey- irroga a las sociedades que salen de las edades del bronce. Y se presenta la vida precolombina como un idilio sociológico, como un paraíso político y administrativo. En tanto que la conquista española es exhibida, por todo indigenista que se estima, como un desgarramiento semejante a la expulsión de la primera pareja de los jardines del Paraíso Terrenal.

Los ideólogos de la clase media, los corifeos de las corrientes de izquierda, los políticos interesados en movilizar y en tutelar al pueblo, han tenido necesidad de fabricar una especie de concepción de la vida que, cortando sus raíces con la Historia, no las llegase a cortar con la Prehistoria. Ellos han buscado refugio ideológico en el indigenismo y le han transformado en postura histórica, en intento de interpretación de la realidad y hasta en guía y orientación de la actividad política. Y de esta manera, el indigenismo se ha convertido en uno de los manantiales del nacionalismo contemporáneo y en el más ácido de los ingredientes de la perversión del nacionalismo.

FABRICACION DEL PROBLEMA INDIGENA

La mayoría de la población económicamente activa trabaja en los campos de América Latina. Y esta masa campesina, en México y en toda la América Central -a excepción de Costa Rica- y en la América del Sur -exceptuando la faja blanca del cono austral- y el Brasil -donde el mestizaje es mulato primordialmente- está formada casi íntegramente por aborígenes racialmente puros, o por mestizos a quienes preponderan los elementos étnicos y las herencias indígenas.

No son necesarios ni cultura ni entrenamiento especiales para descubrir a primera vista las grandes ausencias del capitalismo que padecen los campos latinoamericanos, en contraste abrupto con las metrópolis y centros industriales. La ausencia de métodos y formas capitalistas se llena de supervivencias del régimen de la encomienda que fundara la Colonia y de contenidos del hibridismo realizado por ella, tanto con las formas precapitalistas como con los residuos del primitivismo precolombino.

Esta situación, en muchos lugares, llega a dinteles que evocan la época del arribo de los conquistadores; es como si el tiempo, la historia, la mera evolución vengativa, se hubiesen detenido, inmovilizados y fijos, en el siglo XVI.

Estas condiciones -que reiteradas experiencias exhiben como lacerantes e infrahumanas- encierran, ante todo, una capacidad explosiva para conmover emocionalmente y para despertar los más piadosos y plañideros sentimientos. Tal fenómeno psicológico facilita la exhibición del indio y de las masas aborígenes como capa social sobre la cual estuviese pesando una especie de proscripción infame o que -como consecuencia de los crímenes y de las herencias de la Conquista- estuviese soportando una suerte de odioso genocidio.

Sobre este cimiento doloroso, sentimentalmente sólido y moralmente justo, los izquierdistas han construido todo género de idearios indigenistas, los que cuentan, a modo de idea preconcebida, de atmósfera infaltable, con las simpatías conmovidas de capas sociales de las más diversas procedencias y de las más distintas formaciones, con absoluta independencia de las ideas políticas o de las doctrinas económicas que puedan profesar.

De la situación de gran víctima del sistema de vida latinoamericano se ha hecho fácil elevar al indígena a la categoría de problema sociológico

fundamental. Se le llega a calificar como “solución clave”¹ de la problemática general. Y, como corresponde al interés político de la izquierda, pues se le ha catalogado como pecado mortal de las oligarquías y del imperialismo yanqui, en los catecismos políticos y electorales izquierdistas.

Ante todo, es imperativo exigir la cancelación ideológica de lo que se ha dado en llamar el *problema indígena*, porque, en el desarrollo sociológico latinoamericano, no existe tal problema. Lo que se ha querido establecer y clasificar como tal no es sino problema de cultura, problema económico, problema de superación del subdesarrollo. A medida que los pueblos latinoamericanos van superando el subdesarrollo, mayores contingentes indígenas se van incorporando a la vida social moderna. Si, por ejemplo, a esta hora, se realiza un censo racial de las llamadas oligarquías de México o de Bolivia, va a encontrarse con una buena cantidad de potentados de la más auténtica raza indígena. Y aun en países como el Perú, Ecuador y los de Centroamérica se constatará un vigoroso ascenso indígena y mestizo hacia los primeros planos de la economía. Y si se realiza el mismo censo en los campos de la clase media, podrá encontrarse un número de indios y mestizos que no cesa de aumentar un año tras el otro.

El indio, en tanto que indio, no será solución de nada, como no podrán serlo tampoco el blanco o el mestizo. No existiendo concepciones, ni políticas, ni tendencias racistas en América Latina, el problema racial existente se está resolviendo por sus propios caminos, que son caminos y soluciones étnicos, ya que está probado que la solución del problema étnico está en el mestizaje. Solución que, en todo caso, será mestiza y no, de ninguna manera, india ni indigenista.

El llamado *problema indígena* no es sino un aspecto general del problema del subdesarrollo. Su solución no podrá ser jamás específica ni aislada, ni se hallará en ninguna especie de receta indigenista. *El único camino de superación está en la salida del primitivismo, en el ingreso de los campos latinoamericanos en la órbita de la civilización industrial.*

Medularmente, se trata de un problema de retraso cultural y técnico, espiritual y económico. Es parte de la problemática engendrada por la debilidad o la ausencia de capitalismo en regiones donde aún sobrevive

¹Francisco Miró Quesada, “Ensayos”, en *El Comercio* de Lima, 1961.

agonizante la encomienda colonial. En último análisis, el denominado *problema indígena* de los indigenistas no es sino el problema de liquidación total de la encomienda colonial y de instauración en el campo de las formas occidentales de pensar y de vivir.

Para el caso indígena de América Latina no hay superación asequible sin incorporación plena de sus masas a la cultura occidental. No existe, ni existirá como posibilidad ulterior, una cultura indigenista, o simplemente indígena, paralela a la cultura occidental que los latinoamericanos están creando. El indigenismo no alcanzará a ser jamás sino uno de los muchos y variados ingredientes de esa cultura. Y por eso, mientras más occidental se hace el indio latinoamericano, mientras crecen los contingentes de aborígenes que se incorporan al pensamiento occidental y a la civilización industrial, más amplias se abren las perspectivas de solución cabal y de superación efectiva de lo que los antropólogos, etnólogos y literatos de izquierda han venido fabricando con el apodo de *problema indígena*.

La gran solución cultural en los campos latinoamericanos no estará nunca en el *quechua*, ni en el *tarahumara*, ni en el *aymara*, idiomas entrañablemente indígenas, sino en el castellano, en el español, o sea en el idioma que conduce directamente al hombre a una literatura ricamente trabajada, a una ciencia moderna y, sobre todo, al acervo inmenso de la filosofía occidental. En el idioma en el cual el latinoamericano está forjando su rico y original aporte a la cultura occidental. Las lenguas nativas deberán quedar como tema de amoroso estudio para filólogos, etnólogos y especialistas en esta clase de investigaciones antropológicas.

El indio no podrá ser solución cultural, porque lo genuinamente indígena no es manantial creador de cultura. La solución cultural para América Latina será siempre, inexorablemente, incorporación del indígena a la corriente de la cultura occidental. Lo indígena, como tradición, como raigambre, como esencia espiritual, será siempre -como es ya en la actualidad- el gran afluente de la creación de cultura occidental que está forjando América Latina.

IDOLIZACION DEL PASADO INDIGENA

Sobre la base emotiva del dolor y de la orfandad del indígena se ha erigido la idolización del pasado precolombino, con categoría de ideario y hasta de

filosofía. Y así han surgido las más variadas corrientes del indigenismo latinoamericano.

Los mexicanos se entretienen, sobre todo, en la exaltación del coraje admirable del príncipe Cuauhtémoc, quien soporta estoicamente el tormento infligido por los conquistadores españoles, censurando la quejumbre de uno de sus nobles sometido a la misma tortura con la famosa sentencia : *¿Crees, por ventura, que yo estoy en un lecho de rosas...?*

La explotación del anecdotario se realiza conjuntamente con la idolización de las condiciones en las cuales vivían los pueblos de América antes de la conquista. Incas, mayas, aztecas, chibchas, vivían, según los indigenistas, en condiciones literalmente idílicas. La organización social de los incas, creadores de un vasto imperio teocrático y totalitario, es exaltada por los ideólogos del indigenismo hasta tocar los linderos del milagro.

Los edificios ciclópeos, las admirables construcciones, palacios, fortalezas, tumbas, caminos, templos, son invocados como demostración de la grandeza pasada, pero al mismo tiempo como testimonio de la vida idílica que usufructuaban los aborígenes antes de la conquista, bajo gobiernos sabientes, paternales, previsores y magnánimos.

Como quiera que solamente los mayas han dejado una escritura rudimentaria, la carencia documental para referirse a lo que verdaderamente existió antes del Descubrimiento bajo los aztecas y los incas es casi absoluta. A la sombra de este enigma o, mejor dicho, de esta espesa ignorancia, los indigenistas han fraguado todo género de leyendas sobre la existencia idílica y la vida paradisíaca que disfrutaron los pobladores primitivos, bajo los incas, los aztecas, los mayas, los calchaquíes o los chibchas.

Los edificios ciclópeos, templos, palacios, fortalezas, recintos funerarios y las admirables construcciones de servicio social, caminos, acueductos, represas y canales, son invocados por los indigenistas como demostración de una deslumbradora grandeza, pero, además, como testimonio de la existencia idílica, de la vida social armoniosa y fraternal que imperaba entre las poblaciones de América antes del advenimiento de los conquistadores.

Los testimonios invocados revelan grandeza, organización colectiva, imperio del mando y de la obediencia. Exactamente el mismo sentido que se desprende de las pirámides de Egipto, de la Avenida de las Esfinges de los Faraones, de los Jardines Colgantes de Babilonia. Pero ni las pirámides ni los jardines, como tampoco de las majestuosas ruinas mexicanas, peruanas o mayas, se desprende ningún testimonio de existencia edílica. Bien al

contrario. Todos esos monumentos denuncian la existencia de una opresión implacable, de la existencia de trabajos forzados, de trabajadores esclavos, de grandes contingentes humanos sometidos no solamente a la opresión, sino también al látigo.

Al referirse al Cuzco, la antigua capital del imperio incaico, uno de los más encendidos indigenistas políticos escribe:

Fue un modelo de capital, reflejo físico y humano de todos los dominios; ciudad formada a imagen y semejanza de los pueblos que congregaba, parecía ser una miniatura que contenía la síntesis de las cuatro regiones, ágora central del foco de una civilización...²



Este himno sobrecargado de al-luyas sirve de prólogo a una concep-ción política con tendencias a constituir algo así como una filo-sofía socioeconómica. El Cuzco es, sin duda, un soberbio documento de piedra, que tiene gran valor para el historiador, pero, sobre todo, para el sociólogo. Palacios para el inca y para la nobleza orejona, fortalezas para los ejércitos incaicos, templos y adoratorios para la adoración del Sol, padre del inca, o sea que nos hallamos ante la presencia de una aristocracia dominante, que explo-taba y hacía trabajar en beneficio del

Estado Imperial, de su aristocracia dirigente, de su casta sacerdotal y guerrera, a la gran masa de la población.

El Cuzco fue la maciza capital del Imperio, construida gracias a las victorias guerreras obtenidas, abriendo como cocos los cráneos de millares de insumisos y reduciendo a los sobrevivientes a la categoría de *mitimaes* o

²Fernando Belaúnde Terry, *La conquista del Perú por los peruanos*, Lima.

sea pueblos enteros que eran trasladados a regiones cercanas a la capital imperial, a fin de evitar las sublevaciones o de aplastarlas más pronta y fácilmente si llegaban a producirse.

Esto que se refiere al Cuzco puede aplicarse a toda la grandiosa construcción dejada por los pueblos americanos de la era precolombina. Las condiciones idílicas de existencia y las historias encantadas sobre los gobiernos paternalistas que lo dirigían, todo rumbo al reino de la justicia social, no constituyen en política sino fabulación destinada a servir de combustible a las hogueras de la demagogia tan cara a los mestizos, y de inversión electoral para los políticos de izquierda.

Los gobiernos precolombinos de América no pudieron ser sino lo que las condiciones imperantes obligaron al hombre a construir y a crear. En regiones privadas de animales de tiro y de cereales, desprovistas de carne, de leche y de alimentos ricos en proteínas, privadas de carbón y sin haber podido traspasar la Edad de Bronce e ingresar en la del Hierro, la pobreza extrema era el destino implacable e invencible. El mejor de los gobiernos, que fue incuestionablemente el de los incas, debió reducir su más genial creación a *organizar férreamente la pobreza para mantener la supervivencia de la especie*. Fue esta regimentación de la pobreza la que conservó el comunismo primitivo que, en otros países del mundo, fue liquidado en los albores de la Historia. Tal criterio es tan válido que, en las regiones pobres, actualmente, sobrevive aquel comunismo primitivo que los incas habían regimentado.

Mas esta política sapiente no significa, de ninguna manera, la existencia de condiciones idílicas de existencia, ni siquiera para la aristocracia orejona. José Carlos Mariátegui, el más preclaro de los indigenistas, escribe:

El pueblo incaico, laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo, vivía con bienestar material....³

Quienquiera comprende que no podía existir bienestar material allí donde no existían las más elementales condiciones para una subsistencia puramente biológica. Donde faltaban todos los productos que alimentaron las viejas civilizaciones en Europa y Asia.

³José Carlos Mariátegui, "Siete ensayos sobre la realidad peruana", en *Esquema de la evolución económica*, Lima.

MESTIZAJE Y EXALTACION INDIGENISTA

La irrupción creciente del mestizo en la vida social no constituye únicamente un problema biológico y una expresión racial. El mestizo y, mucho más todavía, los cortesanos políticos de la gran masa mestiza buscan una expresión de tipo ideológico que sea capaz de penetrar en la política y de ejercer atracción y seducción sobre el pensamiento.

Y así ha nacido como tendencia cultivada por todo género de políticos y propagandistas, y muy especialmente por los marxistas, la corriente del indigenismo. Corriente de pensamiento que sirve de sucedáneo a la filosofía política y a las doctrinas razonantes, de difícil aprendizaje, y que pueden penetrar pronta y sutilmente por los canales de la irracionalidad sentimental y racial.

El indigenismo parte del punto de vista seductor y generoso de la redención del indio, de la misma manera que el comunismo parte de la premisa de la necesidad de cancelar el dolor de las masas miserables. Los indigenistas inician la ofensiva reivindicando al indio como persona humana y como personaje social acreedor a disfrutar igualitariamente del mismo nivel del que gozan los blancos. La ofensiva se despliega reivindicando la herencia indígena, lo que sirve para alimentar los sentimientos de reivindicación del mestizo, y enfrenta herencias, tradiciones, pasado indígenas, a la obra realizada por el blanco en Latinoamérica y en el mundo en general, lo que viene a servir de lenitivo o de revancha a los resentimientos y a los complejos raciales del mestizo.

El indigenismo, que en sus orígenes fue literatura rica en fantasía, en manantiales mitológicos y folklóricos, en temática legendaria y en cantera de ficción, ha pasado, con la irrupción y el ascenso del mestizaje en la vida social, a la categoría de filosofía y doctrina política. Donde grandes masas humanas debían vivir alimentadas con papas y maíz, desprovistas de ganado de toda clase, animales de labranza y de todos los alimentos que solamente aportaron los españoles a la hora de la Conquista.

La idolización del pasado, de un pasado que no conoció la escritura -cuyas leyendas y tradiciones han sido conservadas por los españoles y transmitidas por el blanco a los propios indígenas- es lo más parecido a una fábula. Es la invención, cargada de sentimentalismo y de filtros emocionales, que sirve de sustituto ideológico y de droga política a las *élites* impreparadas, para tutelar y manejar las masas inciviles.

Es fácil comprender la honda emoción, la mística exultante, la fecundidad sentimental, con las que el indio, pero sobre todo el mestizo, recibe los mensajes del indigenismo. Ellos traen indudablemente los manantiales de los que puede nutrirse su orgullo racial y hasta su orgullo nacional. El indigenismo justifica el renegar de Europa y de las fórmulas europeístas, el enfrentarse a la gigantesca potencia yanqui, al propio tiempo que erguirse contra la insolencia del blanco que se instaló en conquistador, primero, y en dominador, más tarde. El indigenismo se convierte así políticamente en la levadura de la rebelión, en su filosofía y en su justificación.

LAS FABULACIONES DEL INDIGENISMO

El indigenismo desemboca en general y casi sin excepciones en el más franco y áspero antihispanismo. El indigenismo reenciende y alimenta, como lámpara votiva, la llama de la leyenda negra que fue forjada por los ingleses contra España. Según los indigenistas, “los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazar, esta formidable máquina de producción de los incas”⁴.

Mal podía “destruir sin reemplazar” la máquina de producción de los precolombinos el español que trajo consigo el caballo y el asno, del que muy rápidamente se sirvieron los indios, aliviándose la faena de bestias de carga que venían desempeñando inmemorialmente. En vez de arar las tierras a lomo de hombre, como se hacía antes de la Conquista, el indio comenzó a hacerlo a fuerza de buey, de caballo y de asno. La crianza de cuyes pudo reemplazarla con la de ovejas, cerdos, aves de corral. El español encontró un hombre herbívoro, al que comenzó a transformar en carnívoro. En vez de la estaca de palo para horadar la tierra de cultivo, el español trajo el arado con punta de hierro. Y en lo que concierne a la destrucción, es de clamorosa injusticia desconocer el cuidado que el español puso, por propia conveniencia, en conservar todos los sistemas, los métodos, los procedimientos que podían prestar utilidad productiva. La demostración de este cuidado se encuentra en la persistencia de las organizaciones comunales primitivas, tras haber incorporado a mestizos y blancos en su seno.

⁴José Carlos Mariátegui, “Siete ensayos sobre la realidad peruana”, Lima.

Mariátegui y los indigenistas acusan a los españoles de haberse refugiado en los litorales y de no haberse podido liberar del miedo a la altitud.

Me he referido más de una vez -escribe el preclaro indigenista José Carlos Mariátegui- a la inclinación de los españoles a instalarse en tierra baja. Y a la mezcla de respeto y desconfianza que les inspiraron siempre los Andes, de los cuales no llegaron jamás a sentirse señores...⁵.

Esta aserción comienza por desconcertar al habitante de los altiplanos, que se sabe descendiente de españoles, que habla español exclusivamente, que ha nacido de padres mestizos o nietos de españoles, que ha vivido en ciudades con calles trazadas en escuadra, con plaza de armas, cabildo, iglesias y herencias típicamente hispánicas.

Y es que el español, a través del fragor de la Conquista y durante todo el proceso de la Colonia, se instaló en todas partes; plantó su tienda de campaña bajo todos los climas; fundó ciudades allí donde acampó más de unos meses; llevó su presencia y dejó la huella imperecedera de su estancia en los más abruptos e inhóspitos rincones de América Latina.

Si el español no se sintió señor de los Andes fue por las mismas razones por las cuales el latinoamericano de hoy tampoco puede sentirse protagonista de tal señoreaje. Los Andes siguen siendo la realidad natural por conquistar, a pesar del ferrocarril, del automóvil y hasta del avión a chorro.

Y es así como los indigenistas utilizan contra lo español no solamente la *leyenda negra* de Inglaterra, sino, además, la más fantaseadora fabulación, inventada de pies a cabeza, sin asidero alguno en la realidad.

La Conquista es presentada por todos los indigenistas como un desgarramiento. Se escribe sobre el drama de países desgarrados, productos o víctimas del dislocamiento que significó el arribo de los españoles. Y bajo el coloniaje mental del marxismo y del determinismo económico, se carga el acento sobre la significación económica que tuviera la Conquista, sobre la diferencia entre el comunismo primitivo, idílico e idolizado, y el establecimiento de la encomienda y del sistema colonial.

Los conquistadores aportaron una nueva economía, incuestionablemente

⁵José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, Lima.

COMENDERO DEL COMENDERO

se haze llevarse en unas andas como ynga cō
taquies y danzas quando llega a sus pue-
blos y si no le castiga y maltrata en el Rey



• Encomendero, según dibujo de Huamán Poma de Ayala.

progresista y superior a la precolombina en todos los aspectos. Introdujeron la idea, el sentido jurídico, el derecho de propiedad privada, que a través de la historia fue siempre una etapa superior a la de la comunidad primitiva. Y junto con esto, hicieron dar un salto a la América precolombina, de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro. Salto que significó el paso de la barbarie hacia la civilización.

Los españoles trajeron la rueda y el arado de palo *con punta de hierro*, los animales de tiro y de carne, los bovinos, los ovejunos, porcinos, caprinos y caballares, las aves de corral, los cereales y la vid, los olivos, la pólvora y los primeros artefactos para hacer productos manufacturados. Lejos de escindir la economía, como afirman los antihispanistas, los españoles la enriquecieron, la dotaron de superiores medios, instrumentos y métodos de producción. Crearon una economía superior, sin que hubiesen destruido la antigua, como lo prueban múltiples y actuales supervivencias masivas de vida y de trabajo entre las masas aborígenes.

En lo que concierne al pensamiento y a la cultura, el español aportó el pensamiento cristiano y la cultura de occidente, que vino a reemplazar una cultura bárbara como la de los mayas, los aztecas o los incas. Sobre los dialectos nativos hicieron imperar el castellano, idioma laboriosamente trabajado por los genios del Siglo de Oro, que permitió al latinoamericano acercarse en forma directa e inmediata a las más altas fuentes del saber, del filosofar y del pensar. La escisión fue, sin duda, de carácter religioso, pero ella se realizó mediante la imposición del cristianismo, la más abstracta, la más avanzada, la más renovadora de las religiones, en vez de la idolatría primitiva y bárbara de los incas, quimbayas o calchaquíes. El cristianismo obligó a aztecas, tlascaltecas, mayas y chibchas a reemplazar los sacrificios humanos por las misas cantadas, los fuegos de artificio y las procesiones semipaganas organizadas por los españoles.

Hubo escisión tal vez al reemplazar los nudos de los quipos peruanos por la numeración decimal, la tabla de Pitágoras y la regla de tres. Luego, en vez del estrecho y simplista pensamiento de los indios, el español instauró la riqueza universalista y poderosa del pensamiento occidental, que comienza a florecer inmediatamente en la primera generación de latinoamericanos, como lo testimonia la fantasía de los *Comentarios reales*, de Garcilaso de la Vega, el Inca.

Y en cuanto a escisión étnica, ella comenzó a superarse el mismo día de los conquistadores. Nueve meses después del arribo de Cortés a México, de

Francisco Pizarro al Perú, de Pedro de Alvarado a Centroamérica, estaban naciendo ya los primeros latinoamericanos, los que escindían el pasado, anunciando con sus vagidos la gigantesca integración futura. Y esa integración racial no ha cesado de crecer, de avanzar como alud incontenible, de forjar los nuevos pueblos de un mundo nuevo.

Nada hay más injusto, falso y contrario a los más elementales valores éticos que el indigenismo antihispanista. Si hay algo de lo que el ser humano no puede renegar es de sus esencias. Y las esencias vitales y eternas del latinoamericano son el español y el indio. No puede renegar del uno, ni abominar del otro, sin renegar de sí mismo y abominarse a sí propio.

El indigenismo no tiene derecho alguno a venir -como lo hiciera el pintor comunista mexicano Diego Rivera- a exhibirnos un Hernán Cortés patizambo, panzón, retaco y con rostro de degenerado, en el fresco que se exhibe en uno de los muros del palacio que el propio Cortés hiciera construir en la ciudad de México. Y no se tiene derecho a lanzar tal injuria porque ella cae bajamente sobre el noble pueblo mexicano.

Si el verdadero Hernán Cortés fue, en efecto, aquel endriago que presenta el pincel de Rivera, se hace imperativo pensar muy mal de Moctezuma, de Cuauhtémoc y de todos los aztecas que se dejaron conquistar por aquel engendro. Y se hace inevitable pensar mal, asimismo, de las herencias deplorables que dejara en la sangre de los mexicanos individuo de tan desdichada estirpe. Más que una injuria para España y para el gran conquistador, o un alegato en defensa del indigenismo, la pintura de Diego Rivera es un deshonor para los mexicanos.

El indigenismo, como reivindicación del pretérito y como ubicación histórica de las raigambres más profundas de las esencias de los herederos de lo indígena, constituye sentido trascendente y concepción creadora y positiva. La persona humana no podrá realizarse plenamente si no reconoce sus esencias, es decir, si no realiza el gran viaje hasta sus raíces. Y un pueblo afirmará su perfil espiritual, realizará su personalidad como entidad colectiva histórica, en la medida en que sienta, en que dé vida y en que haga válida la totalidad de su ser, el conjunto de su creación, las diversas etapas de su paso por la tierra a través de las generaciones.

El indigenismo, como manantial y como trascendencia en el terreno de la creación literaria y artística, es un potencial vital, lleno de fecundidad inagotable. Su potencia y su valor cultural están plasmados en literatura original y vigorosa, en una pintura rica y viril y, sobre todo, en una música

que ha ganado dominios mundiales.

Pero cuando el indigenismo es elevado a la categoría de ideario y plataforma política, de filosofía de la acción, de ideología antiimperialista, todo su razonar, saltando de fábula en fábula, de idolización en idolización, de fetichismo en fetichismo, llega a desembocar en demagogia tan incandescente como infecunda, y en *la perversión política del nacionalismo*, en el sometimiento al más burdo coloniaje mental y a los que se derivan de él.

El indigenismo político llega a la idolización del pasado, a *la suplantación de la historia por el mito, a la glorificación reaccionaria del pretérito transformada en condena del presente y en desquiciamiento del futuro*.

El indigenismo, elevado a planos políticos, avanza por los campos económicos, reivindica los sistemas comunitarios primitivos, vigentes en la era precolombina, especialmente el establecido por el imperio paternalista y despótico de los incas, como la realización masiva de la justicia social que buscan los izquierdistas.

Por las vías del indigenismo se llega a la crítica acerba del capitalismo y se desemboca, en casi la totalidad de los casos, en franco y silvestre anticapitalismo.

Los indigenistas, muy especialmente los marxistas, reivindican ardientemente -y hasta contradiciendo a Carlos Marx⁶- las llamadas *comunidades indígenas* existentes aún en los diversos países de América del Sur. Tales *comunidades* no son en la práctica sino asociaciones tradicionales, cultivadas bajo la Colonia, de pequeños propietarios de la tierra que se defienden del despojo de los latifundistas. Conservan de la edad precolombina la costumbre del trabajo en común, en tiempos de cosecha en la heredad privada, y en toda labor de utilidad comunal, trátase de la construcción de canales, de escuelas, iglesias, drenajes u otras de uso público.

Los indigenistas han llegado a reivindicar tales comunidades como formas o sistemas económicos de tipo superior a los que pueden ofrecer con sus granjeros y sus campesinos el sistema agrario de Estados Unidos, de Francia o de Alemania Occidental, es decir, el sistema capitalista moderno.

⁶Carlos Marx, Carta a Vera Zazulich sobre el "Mir" ruso.